Amaestrado Sinon en los griegos artificios, exclamó, levantando al cielo las manos, libres ya de sus prisiones:

«—¡Oh eternos fuegos, oh númenes inviolables á que están consagrados! ¡Oh altares y nefandos cuchillos á que logré sustraerme! ¡Oh ínfulas de los dioses, que ya ceñian mi frente, destinada al sacrificio, sed testigos de la verdad de mis palabras! Séame lícito romper los sagrados vínculos que me unian á los Griegos, séame lícito detestarlos y divulgar sus ocultas tramas; ningun deber me liga ya á la patria; mas tú ¡oh rey! cúmpleme lo prometido, y tú ¡oh Troya, por mí libertada! guárdame tu fé si digo verdad y logro recompensar tan gran beneficio.

»Toda la esperanza de los Dánaos y su confianza en la emprendida guerra estribaron siempre en los auxilios de Palas; pero desde que el ímpio hijo de Tideo y Ulises, inventor de maldades, acometieron la empresa de despojar el sacro templo del fatal Paladion, y despues de dar muerte á los guardias del alcázar arrebataron la venerada efigie y con ensangrentadas manos osaron tocar las virginales ínfulas de la deidad, empezaron á decaer y acabaron por desvanecerse aquellas esperanzas, quebrantándose sus fuerzas, apartada ya de ellos la proteccion de la diosa. En breve dió Minerva manifiestas y horribles señales de su cólera; apénas se colocó su estatua en el campamento ardieron rechinantes llamas en sus ojos, en nosotros clavados, y corrió por todos sus miembros un sudor salado, y por tres veces ¡oh prodigio! se levantó por sí sola del suelo, blandiendo el broquel y la trémula lanza. Al punto anuncia Calchas que es preciso cruzar los mares y huir, pues Pérgamo no puede ser debelada por las armas argólicas si no vuelven á Argos á renovar sus votos, llevándose consigo el númen en sus huecas naves. Así interpretó Calchas la voluntad de los dioses, y persuadidos de la verdad de sus palabras, labraron esa efigie para reemplazar el Paladion, en desagravio de la diosa ultrajada y como expiacion de su nefando sacrilegio. Calchas les mandó erigir con trabados maderos esa inmensa mole y elevarla hasta el cielo para que no pudiese pasar por las puertas ni penetrar en el recinto de vuestra ciudad, ni cobijar á vuestro pueblo, seguro bajo el amparo de su antiguo culto.—Porque si vuestras manos, dijo, violan los dones de Minerva, inmenso desastre (ántes conviertan los dioses contra él su funesto presagio) caerá sobre el imperio de Príamo y sobre los Troyanos; mas si levantado por ellas ese inmenso simulacro llega á penetrar en vuestra ciudad, será el Ásia la que á favor de una gran guerra dominará el Peloponeso: destino fatal reservado á nuestros descendientes.»

Con tales insidias y con el perjuro artificio de Sinon, dice Virgilio, creyéronle todos, y así fueron vencidos con engaños y fingidas lágrimas aquellos á los que no pudieron domar ni el hijo de Tideo, ni Aquiles de Larisa, ni diez años de combates, ni mil bajeles.



En esto sobrevino de pronto nuevo y terrible accidente que acabó de conturbar los agitados ánimos. Á pesar de las terribles señales que de enojo le dieran los dioses, no cesaba Laoconte de amonestar á sus conciudadanos para que destruyesen la misteriosa máquina, cuando de repente, indecisos otra vez los Troyanos al escuchar su autorizada voz, salen del mar dos terribles sierpes y furiosas le acometen. En vano el sacerdote corre á refugiarse en el templo y abraza el sagrado altar; los monstruos siguen sus huellas con espantosos silbidos, y como acudieran en su defensa sus dos hijos, los reptiles los envolvieron á los tres y los ahogaron entre sus robustos anillos. Los dioses habían resuelto la perdicion de Troya.

»Laoconte, designado por la suerte para sacerdote de Neptuno, estaba inmolando en aquel solemne dia un corpulento toro en los altares, cuando hé aquí que desde la isla de Ténedos se precipitan al mar dos serpientes (recordarlo causa horror), y extendiendo por las serenas aguas sus inmensas roscas se dirigen juntas á la playa; sur erguidos pechos y sangrientas crestas sobresalen por cima de las ondas; el resto de su cuerpo se arrastra por el piélago, encrespando sus inmensos lomos. Óyese en el espumoso mar un grande estruendo; ya eran llegadas á tierra; inyectados de sangre y fuego los encendidos ojos, esgrimian en las silbadoras fauces las vibrantes lenguas. Consternados con aquel espectáculo, echan todos á huir; ellas sin titubear se lanzan juntas hacia Laoconte; primero, se enroscan en los cuerpos de sus dos hijos mancebos y rasgan á dentelladas sus miserables miembros; luego arrebatan al padre, que, armado de su dardo, acudía en su auxilio, y le sujetan con apretadas ligaduras: aunque ceñidas ya con dos vueltas á la mitad de su cuerpo y con otras dos á su cuello, todavía sobresalen por encima sus cabezas y sus erguidas cervices. Pugna Laoconte por desatar con ámbas manos aquellos nudos; de las cintas de su frente chorrea sangre á la vez que negro veneno, al tiempo que eleva á los astros horrendos clamores, semejantes al mugido del toro cuando, herido, huye del ara y sacude del cuello la segur asestada con golpe no certero. Luego los dos dragones se escapan rastreando con direccion al alto templo y alcázar de la cruenta Tritónide, y se esconden bajo los piés y el redondo escudo de la diosa. Nuevas zozobras penetran entónces en los aterrados pechos de los circunstantes, y todos dicen que Laoconte ha merecido su desastre por haber ultrajado la sacra imágen de madera lanzando contra ella su impía lanza; todos claman tambien que es preciso llevar al templo la imágen é implorar el favor de la deidad ofendida.» (Virgilio).

Segun otras tradiciones las serpientes fueron tragadas por la tierra luego de haber cumplido su vengador encargo. Licofronte dice haber acaecido la horrible tragedia en el templo de Apolo Timbreo, y mitólogos hay que atribuyen el enojo del dios, unos á que Laoconte tomó

Fig. 672. — Laoconte. (Grupo en mármol. Museo del Vaticano).



esposa, y otros á haber consumado su matrimonio al pié del altar. En algunas narraciones dánse á los hijos de Laoconte los nombres de Antifas y Timbreo ó de Ethron y Melanto. Porces y Caribea llama Licofronte á las vengadoras serpientes.

La triste suerte de Laoconte proporcionó á Sófocles asunto para una tragedia con aquel nombre llamada, y hoy perdida. Aretino, en su destruccion de Troya, Euforion y Lisímaco, los dos naturales de Alejandría, relataron extensamente este episodio, y finalmente la desgracia del sacerdote y de sus hijos inspiró á tres escultores rodios, por nombres Agesandro, Atenodoro y Polidoro, ya fuese en la octogésima octava olimpiada, segun unos, ya en época de Lisipo ó de los primeros emperadores, dicen otros, un famoso grupo del cual habla Plinio como de una de las obras en su tiempo más estimadas. Hallábase colocado en los baños de Tito, y desaparecido en las repetidas catástrofes que sufrió Roma en los primeros siglos de nuestra era, fué hallado en el año 1506 en una bóveda subterránea descubierta en la plaza de *Setti-Sale*. Félix de Fredis, que descubrió aquella obra maestra de la escultura antigua, cedióla mediante una pension al Sumo Pontífice Julio II, y desde entónces existe, junto con otros muchos tesoros de la antigüedad, en el palacio del Vaticano.

Engañados por lo que consideran merecido castigo, los Troyanos ya no vacilan y resuelven llevar á la ciudad la gigantesca imágen. Para ello, poniendo todos mano á la obra, abren una gran brecha en las murallas, encajan bajo los piés del caballo ruedas con que fácilmente se arrastra, y le echan al cuello fuertes maromas. «Así escala nuestros muros la máquina fuesta, preñada de guerreros; en torno niños y doncellas van entonando sagrados cánticos y recreándose á porfía en tocar la cuerda con su mano. Avanza aquella en tanto y penetra amenazadora hasta el centro de la ciudad. ¡Oh patria, oh Ilion, morada de los dioses! ¡Oh murallas de los Dánaos, ínclitas en la guerra! Cuatro veces se paró la terrible máquina en la misma abertura practicada, y cuatro veces se oyó resonar en su vientre un crujido de armas. Avanzamos, no obstante, desatentados y ciegos en nuestro delirio, y colocamos el fatal monstruo en el sagrado alcázar. De nuevo nos reveló Casandra nuestros fatídicos destinos, sin ser tampoco creida, y los Troyanos ¡infelices! para quienes era aquél el dia postrero, iban por la ciudad ornando con festivas enramadas los templos de los dioses. Gira en tanto el cielo y la noche se precipita en el Oceano, envolviendo en sus dilatadas sombras la tierra y el firmamento y los insidiosos ardides de los enemigos. Esparcidos por la ciudad quedan en silencio los Troyanos, y profundo letargo se apodera de sus fatigados cuerpos.» (Virgilio).

En efecto, todo el dia habíanlo pasado entre fiestas los alborozados Troyanos; los guerreros que con tanto denuedo habían defendido hasta entónces la ciudad sólo anhelaban reposo y á él se entregaban, cuando á media noche el traidor Sinon, á una señal de los Griegos, que volvían en sus naves, abrió su cárcel á los guerreros encerrados en el vientre del caballo. En aquel momento, con el incendio y la matanza, comenzó la terrible catástrofe.

«Ya la falange de los Argivos se encaminaba desde Ténedos á nuestras conocidas playas en sus bien armadas naves á favor del silencio y de la protectora luz de la luna, y apénas la real encendió una hoguera en su popa para dar la señal, cuando Sinon, defendido por los hados, crueles para Troya, abre furtivamente á los Griegos encerrados en el vientre del coloso su prision de madera; devuélvelos al aire libre el ya abierto caballo, y alegres salen del hueco roble descolgándose por una maroma los caudillos Tesandro y Stenelo y el cruel Ulises, Diomedes, Acamante, Toas y Neoptolemo, Machaon, Menelao y el mismo Epeos, artífice de aquella traidora máquina. Casandra vé realizadas sus tristes predicciones. Invaden la ciudad sepultada en el sueño y el vino, matan á los centinelas, abren las puertas, dan entrada al ejército entero que llegaba ya junto á los muros, y juntos corren á inundar á Ilion infeliz en llanto y en ruinas.

»—Era la hora en que empieza para los dolientes mortales y se difunde por sus cuerpos el primer sopor, dulcísimo don de los dioses (así decía Eneas despues de la catástrofe), cuando me pareció que veía entre sueños á Héctor en ademan tristísimo, derramando copioso llanto, cual le ví en otro tiempo, arrebatado por un carro de dos caballos, manchado de sangre y polvo, arrastrado por los piés, entumecidos con sus ligaduras de correas. ¡Cual estaba, ay de mí! ¡cuán distinto de aquel Héctor cuando volvía cubierto con los despojos de Aquiles ó despues de arrojar las frigias teas á las naves de los Dánaos! Escuálida la barba, cuajados con sangre los cabellos, mostraba las numerosas heridas que recibió en derredor de los patrios muros; entónces me pareció que llorando yo tambien le dirigía el primero estas dolorosas palabras:

»—¡Oh luz de la ciudad dardania, oh firmísima esperanza de los Teucros! ¿Cómo tardaste tanto? ¿De qué playas vuelves ¡oh deseado Héctor! que al fin te vemos, rendidos despues de tanta mortandad de los tuyos, despues de tantos y tan varios trabajos para la ciudad y sus defensores? Mas ¿cuál indigna causa ha desfigurado tu rostro? ¿Por qué veo en tu cuerpo esas heridas?

»Nada me responde, ni áun parece atender á mis vanas preguntas, mas exhalando gravemente de lo hondo del pecho un gemido, dice:

»—Huye ¡oh hijo de una diosa! huye y líbrate de esas llamas. El enemigo ocupa la ciudad. Troya se derrumba desde su alta cumbre. Bastante hemos hecho por la patria y por Príamo; si Pérgamo hubiera podido ser defendida por manos mortales, mi mano la hubiese

defendido. Troya te confía sus númenes y sus penates, toma contigo esos compañeros de sus futuros hados, y busca para ellos nuevas murallas cuya fundacion lograrás al fin, despues de andar errante mucho tiempo por los mares.

»Dice, y él mismo con sus manos se lleva la poderosa Vesta y las ínfulas y el eterno fuego, que arde en el profundo santuario.

»Resuenan en tanto por la ciudad confusos y tristes clamores, y aunque (continúa Eneas) la morada de mi padre Anquises estaba en lugar retirado y rodeada de árboles, cada vez las voces iban llegando á ella más penetrantes y se oía mejor el horroroso estrépito de las armas. Despiértome sobresaltado, y subiendo al punto á la más alta azotea, me pongo á escuchar con profunda atencion; no de otra suerte, cuando la llama, impelida por el furioso austro, se precipita sobre las mieses, ó cuando un torrente acrecido con las aguas que bajan de los montes arrasa los campos, devasta los lozanos sembrados y arrebata el trabajo de los bueyes y las desgajadas selvas, aturdido el pastor escucha el impensado estrago desde la alta cima de un peñasco. Entónces conocí la traicion de que éramos víctimas y ví patente la perfidia de los Griegos. Ya se había derrumbado á impulso de las llamas el gran palacio de Deifobo; ya estaba ardiendo tambien el inmediato de Ucalegonte; los dilatados mares de Sigeo se iluminan con los resplandores del incendio. Óyense los gritos de los guerreros y el sonido de las trompetas. Fuera de mí, empuño las armas, mas de poco sirven ya; mi único pensamiento es volver á la lid y acudir con mis compañeros á la defensa del alcázar; el furor y la ira me arrebatan, y sólo anhelo alcanzar peleando honrosa muerte.

»En esto me encuentro con Pauto, hijo de Otreo y sacerdote del templo de Apolo, que habiendo escapado de los dardos enemigos y llevando en sus brazos los ornamentos sagrados, las imágenes de nuestros vencidos dioses y un nietecillo suyo, corría desatentado hacia las puertas de la ciudad.

»—¿En qué estado van nuestras cosas? le pregunté. ¿Nos queda todavía alguna fortaleza?

»A lo que, exhalando un gemido, contestó:

»—¡Llegado es ya nuestro último dia, llegado es ya el inevitable fin de la ciudad dardania! Los Troyanos se acabaron, se acabó Ilion, nada queda de la gloria de los Teucros. Júpiter airado lo ha transferido todo á Argos, y los Griegos se enseñorean de nuestra ciudad, siendo ésta pasto de las llamas. El colosal caballo, colocado en medio de nuestras murallas, arroja torrentes de guerreros, y Sinon, vencedor é insultante, lleva á todas partes el incendio; otros ocupan las puertas, de par en par abiertas, en tan gran número cual nunca vino mayor de la poderosa Micenas. Otros inundan con una lluvia de flechas las angostas calles; por todas partes el filo de las espadas y las centellantes lanzas fulminan la muerte; apénas si algunos de nuestros guerreros prueban á pelear y en medio de las tinieblas resisten en desesperada lid.

»Arrebatado por estas palabras del hijo de Otreo y por la voluntad de los dioses, me lanzo al incendio y á la pelea, en donde me llaman las tristes Euménides, el crujido de las armas y los clamores que se levantan hasta el cielo. Únense á mí Ripeo y Efito, el más anciano de nuestros caudillos, y guiados por la claridad de la luna, se nos agregan tambien Hipanis y Dimante, y el jóven Corebo, hijo de Megdon, que por aquellos dias acababa de llegar á Troya, abrasado en insensato amor por Casandra; considerándose ya como yerno de Príamo, había acudido en auxilio de los Troyanos. ¡Infeliz, que desoyó los vaticinios de su inspirada amante! Al verlos aparejados á la lid, les hablé de esta manera:

»—¡Oh mancebos, corazones esforzados! vano es vuestro denuedo. Si estais decididos á seguirme en mi desesperada empresa, considerad cuál es la situacion de nuestras cosas. Los dioses, por cuyo favor este imperio subsistía, han abandonado sus santuarios y altares; vais á acudir en socorro de una ciudad incendiada; muramos, pues, sucumbamos en medio de la pelea. La única salvacion para los vencidos es no esperar ninguna.

»Con estas palabras inflamo más y más el ánimo de aquellos guerreros, y entónces, como rapaces lobos en negra noche á los que el hambre arroja rabiosos de sus guaridas, donde los aguardan, secas las fauces, abandonados cachorros, por en medio de los dardos y de los enemigos volamos á segura muerte, dirigiéndonos al centro de la ciudad, rodeados por las nocturnas tinieblas. ¡Quién podrá jamas narrar la mortandad y los horrores de aquella noche y ajustar sus lágrimas á tantos desastres! Cayó la antigua ciudad, libre y poderosa por espacio de dilatados años; por todas partes se ven tendidos cadáveres en las calles, en las casas y en los sagrados umbrales de los dioses. Mas no son sólo los Teucros los que derraman su sangre, tambien á veces renace el valor en el corazon de los vencidos, y sucumben los vencedores Dánaos. Por todas partes lamentos y horror; por todas partes la muerte bajo innumerables formas.

»El primer enemigo que encontramos fué Androgeo, quien, acompañado de muchedumbre de Griegos y creyéndonos de los suyos, nos dirigió estas amistosas palabras:

»—Daos prisa, compañeros. ¿Cómo os habeis retardado tanto? Otros están ya saqueando los incendiados palacios de Pérgamo, y vosotros bajais ahora de las altas naves!

»Dijo, y conociendo al punto por nuestra ambígua respuesta que había tropezado con gente enemiga, quedó asombrado y calló, dando un paso atras como el que de improviso pisa una culebra escondida entre ásperos abrojos y retira el pié temblorosa viendo al reptil alzarse lleno



de ira, hinchado el cerúleo cuello: no de otra suerte Androgeo y los suyos, aterrados al vernos, se disponen á huir. Pero no les dimos tiempo, y precipitándonos sobre ellos con las espadas les atravesamos, validos del terror que los domina y de su ignorancia del terreno; la fortuna favorece aquella primera empresa nuestra. Alentado Corebo con el triunfo, nos dice:

»—Sigamos ¡oh compañeros! el camino salvador que la fortuna nos indica. Troquemos los broqueles y cubrámonos con los arreos de los Griegos; astucia ó valor ¿qué más da cuando se emplean contra los enemigos? Ellos mismos nos proporcionarán armas.

»Y esto diciendo, cúbrese con el penachudo yelmo de Androgeo, embraza su magnífico escudo y ciñe á su costado la espada argiva; lo mismo hacen Ripeo, Dimante y toda nuestra entusiasmada juventud, armándose cada cual con algunos recientes despojos. Avanzamos así mezclados con los Griegos, bajo ajenos auspicios, y trabamos en medio de las tinieblas muchos recios combates, lanzando en ellos al Orco á muchos Dánaos. Huyen unos á las naves, buscando un refugio en la playa; otros, con torpe miedo, escalan segunda vez el monstruoso caballo y se esconden en su conocido seno.

»Pero ¡ay! que en nada puede fiarse cuando los dioses son contrarios. Vemos en esto venir del templo de Minerva, suelto el cabello y casi arrastrada, á la vírgen Casandra, alzando en vano al cielo los inflamados ojos; sus ojos nada más, pues llevaba atadas las tiernas manos. No pudo el indignado Corebo soportar aquella vista, y resuelto á morir se arrojó en medio de los enemigos; seguímosle todos y cerramos de tropel sobre ellos. En esto empieza á caer sobre nosotros desde la alta techumbre del templo, causándonos horrible mortandad, una lluvia de dardos, disparados por nuestra gente, engañada á la vista de nuestros escudos y penachos griegos. Ciegos de dolor y rabia al ver que les era arrebatada Casandra, acuden los Griegos y nos acometen por todos lados el intrépido Ayax, los hijos de Atreo y toda la huesta de los Dólopes: no de otra suerte se estrellan en deshecho torbellino los encontrados vientos, el céfiro, el noto y el euro, ufano de cabalgar en los caballos de la Aurora, y rechinan las selvas, y el airado Nereo hace saltar la espuma bajo su tridente y revuelve los mares en sus abismos más profundos. Los mismos á quienes ántes sorprendimos á favor de la oscuridad y dispersamos, al volver de nuevo á la carga reconocen el engaño de nuestros escudos y nuestras armas, y advierten nuestro lenguaje extraño. Abrumado por la muchedumbre de los contrarios, Corebo fué el primero en sucumbir á manos de Peneleo, junto al altar de la armipotente diosa; tambien cayó Ripeo, el más justo de los Troyanos. Traspasados por sus propios compañeros perecieron Hipanis y Dimante; ni á tí ¡oh Pauto! alcanzaron á librarte de la muerte tu eminente piedad y las sagradas ínfulas de Apolo. ¡Oh cenizas de Ilion! ¡oh postreras llamas de los mios! sedme testigos dé que en vuestra caida no esquivé ni los dardos de los Griegos ni ninguno de los trances de la guerra, y de que, si mi destino hubiera sido sucumbir, bien lo merecí por mis hechos. En seguida tuvimos que dispersarnos siguiéndome Ifito y Pelias (Ifito, ya abrumado por los años, y Pelias, á quien apénas dejaba andar una herida que recibió de Ulises), llamados precipitadamente al palacio de Príamo por el gran clamoreo que se oía hacia aquella parte.

»Allí vimos un combate tan porfiado y terrible cual si sólo allí se pelease y no hubiese víctimas en ningun otro punto de la ciudad; formando con sus escudos trabados una inmensa tortuga, sitiaban los Griegos todas las puertas y pugnaban por escalar los tejados. Arrimando escalas en las paredes trepan por ellas guareciéndose de los dardos con los broqueles, sostenidos con la izquierda, miéntras con la diestra se asen á las techumbres. Por su parte los Troyanos demuelen sus torres y los tejados de sus casas, de las que sacan proyectiles con que defenderse en aquel desesperado trance, y arrojan sobre el enemigo dorados artesones, magníficos ornamentos de sus mayores; otros, espada en mano, ocupan las puertas bajas y las defienden en apretado tropel; con esto nos alentamos á socorrer el palacio del rey, á reforzar á sus defensores con nuestra ayuda é infundir valor á los vencidos.

»Había á espaldas del palacio de Príamo una puerta falsa por donde se comunicaba á todas las habitaciones, y por donde la desventurada Andrómaca, en los tiempos de nuestra felicidad y poderío, acostumbraba á pasar sin séquito á la estancia de sus suegros, llevando al niño Astianax á que su abuelo lo viese. Por aquella puerta subo al tejado del palacio, desde donde los míseros Teucros lanzaban dardos con impotente mano. Alzábase allí, como suspendida en los aires, una alta torre, desde donde toda Troya solía ir á contemplar las naves de los Griegos y sus campamentos; socavándola en derredor con picos de hierro por las junturas, ya muy desmoronadas, de los altos sillares, la arrancamos de sus cimientos y la empujamos, haciéndola derrumbarse de pronto con espantoso estrépito sobre los Griegos, causando horrible estrago en sus apretadas filas; pero otras al punto suceden á aquellas, y sobre ellas llueven sin cesar piedras y todo linaje de proyectiles.

»Delante del vestíbulo y en el primer umbral estaba Pirro, lleno de júbilo, resplandeciente con los fulgores metálicos de sus armas: tal se aparece á la luz del dia la culebra que, apacentada con hierbas ponzoñosas y entumecida, ocultaba el invierno debajo de tierra, cuando mudada la piel y brillante de juventud, enroscada la tersa espalda, levantado el pecho y erguida al sol, vibra la trisulca lengua. Juntamente con él invaden el palacio y arrojan sus incendiarias teas hasta los techos el corpulento Perifas, Automedonte y otros famosos guerreros. A su frente Pirro, blandiendo una hacha de dos filos,

hace pedazos los duros dinteles, arranca de sus quicios las ferradas puertas, y rajando los robustos robles y haciéndoles astillas, abre dilatada brecha. Vense entónces el interior del palacio y sus espaciosas galerías, y aparece la morada de Príamo y de nuestros antiguos reyes.

»Todo era allí tumulto y miserables lamentos, resonando las bóvedas con llorosos alaridos de mujeres que llegaban hasta las fúlgidas estrellas. Despavoridas las matronas vagan por las espaciosas salas, se abrazan á las puertas y estampan en ellas sus labios. Con su heredado brío arremete Pirro; ni barreras ni guardias bastan á atajarle el paso; tiemblan las puertas al contínuo impulso del ariete, y caen arrancadas de sus goznes. La fuerza se abre camino, no hay muro que resista, y los Griegos invasores, acuchillando á los primeros que se les ponen delante, ocupan todo el palacio; no con tanta violencia cuando se desborda, rotos los diques, espumoso rio y cubre con sus ondas los collados, se derrama por los campos furioso y soberbio, arrastrando ganados y rediles. Yo ví á Neoptolemo, ébrio de sangre, y á los dos Atrides en el umbral del palacio; ví á Hécuba y á sus cien nueras y á Príamo en los altares, ensangrentando con sacrificios las hogueras que él mismo había consagrado. Los cincuenta tálamos de sus hijos, esperanza de numerosísima prole, los artesones de oro, los ricos despojos de los bárbaros, todo es ruinas; lo que las llamas no abrasan es presa de los vencedores Griegos.

»Luego que Príamo vió el desastre de su ciudad querida, derribadas las puertas de su palacio y posesionado el enemigo de sus hogares, revistió sus trémulos miembros con la desacostumbrada armadura y ciñó la inútil espada, para arrojarse á morir en medio de la muchedumbre enemiga.

»Había en medio del palacio, bajo la bóveda del cielo, un grande altar junto al cual inclinaba sus ramas un antiquísimo laurel, cobijando con su sombra á los Penates de la real familia; allí Hécuba y sus hijas, buscando vanamente un asilo, se apiñaban abrazadas á las imágenes de los dioses, semejantes á bandada de palomas impelidas por negra tempestad. En cuanto Hécuba vió á Príamo cubierto con aquellos atavíos juveniles, le dijo:

»—¿Qué insensato frenesí, mísero esposo, te impele á ceñir esas armas? ¿Á dónde te precipitas? No es esta ocasion para tal auxilio ni para tales defensores, cuando ni la presencia de mi propio Héctor bastaría para salvarnos. Ven, ven aquí con nosotras; este altar nos protegerá á todos, ó á lo ménos morirémos juntos.

»Y atrajo á sí al anciano y le hizo un lugar en el sagrado recinto:

»En esto Polites, uno de los hijos de Príamo, salvado de los estragos de Pirro, va huyendo, herido, por los largos pórticos, perseguido de cerca por el fogoso enemigo, que ya casi se le echa encima y le acosa con su lanza. Logra, en fin, el mancebo llegar adonde están sus padres, y allí, ante sus ojos, á su vista, cae y exhala la vida en raudales de sangre. Entónces Príamo, aunque presa casi ya de la muerte, no pudo contenerse y prorumpió en iracundas voces:

»—¡Ah, castiguen los dioses cual merecen tamaño crímen y tales atentados, si hay en el cielo algun númen vengador de las maldades! ¡Ellos te den el digno premio de haberme hecho presenciar la muerte del hijo mio, de haber manchado con su sangre la frente de un padre! No, no se condujo así con su enemigo Príamo aquel Aquiles de que te mientes hijo, ántes bien respetó los pactos y la fé de un suplicante, me devolvió, para que lo sepultara, el cadáver de Héctor, y dejó que me restituyera á mi palacio.

»Dicho esto, disparóle el viejo un impotente dardo, incapaz de herirle, que repelido al punto por el sonoro metal, quedó inútilmente suspendido en el centro del combado broquel. Entónces Pirro le dijo:

»—Pues vé tú mismo á contar esto que ves á mi padre Aquiles; refiérele mis tristes proezas, díle que Neoptolemo ha degenerado; pero ahora ¡muere!

»Y arrastra hasta el pié del altar al trémulo anciano, cuyos piés resbalan en la abundante sangre de su hijo, y asiéndole del cabello con la mano izquierda, desenvaina con la diestra el refulgente acero y se lo hunde en el costado hasta la empuñadura. Tal fué el fin de Príamo; de esta manera nos le arrebató el destino, despues de haber visto á Troya incendiada y destruida; así acabó aquel soberbio rey de tantos pueblos y territorios de Ásia. Sus restos yacen insepultos en las playas de Ilion; de aquel gran rey sólo quedan una cabeza separada de los hombros y un cuerpo sin nombre.» (Virgilio).

Miéntras ocurría esta terrible escena, corría desolada Andrómaca por las vastas salas de palacio llevando en brazos á su hijo Astianax, por cuya vida temblaba. El niño lloraba y con sus pequeños brazos estrechaba el materno cuello.

«—¿Lloras, hijo mio? decíale su madre. ¿Acaso comprendes el infortunio que te aguarda? ¿Por qué tus manecitas me aprietan con tanta fuerza? ¿Por qué cogerte á mi vestido como se abriga el pajarillo bajo las alas maternales? No saldrá Héctor de la tierra, armado con su terrible lanza, para ser tu libertador; su familia y el poderío frigio no pueden ya socorrerte, y cercano está el momento en que exhalarás el postrer suspiro. El denuedo de tu padre es causa de tu muerte ¡oh hijo querido! El mismo valor que á tantos salvó á tí te pierde. ¡Hijo del alma! deja que por última vez te estreche contra mi corazon. En vano ha sido que en este seno te alimentara; inútiles cuantos cuidados y afanes me han atormentado por tí!» (Eurípides).

Pirro, sediento de sangre, buscaba por todos lados



al hijo de Héctor; por fin le descubre, y apartando de sí con feroz ademan á la triste Andrómaca, abrazada á sus rodillas, cogió al niño por una pierna y lo precipitó desde lo alto de una torre.

Refería otra tradicion que Calchas había anunciado á los Griegos que de llegar Astianax á la edad viril sería más valiente que su padre, y que entónces los victoriosos caudillos resolvieron su muerte. Sabedora Andrómaca de la terrible sentencia, ocultó al niño en la tumba de Héctor; pero Ulises logró descubrirlo, suponiendo algunos poetas que con sus falaces promesas indujo á la misma madre á revelarle el lugar donde se ocultaba. Al tenerlo en su poder entrególo á los Griegos, y el desdichado niño fué arrojado de lo alto de los muros de Troya por el mismo Ulises, por Menelao ó Neoptolemo.

Tambien se ha supuesto que en vez de Astianax fué entregado á los Griegos otro niño que por él padeció muerte; el hijo de Héctor fugitivo llegó á Tracia ó Escitia, y fundó allí, con el nombre de Franco, considerable establecimiento. Algunas tradiciones lo representan reinando solo ó en compañía de Ascanio sobre los pocos Troyanos que en aquella tierra quedaron despues de la marcha de los Griegos. En el poema de Servia se dice que Eneas restableció en Ásia y restauró en el trono á Astianax, expulsado por Antenor del territorio de Troya.

En medio de la desolacion de aquella horible noche una sola casa en la saqueada ciudad fué respetada por los crueles vencedores: la del príncipe troyano Antenor, en cuya puerta pendía una piel de pantera para indicar á los soldados que aquel asilo era inviolable, ó bien, dicen algunos autores, á causa de estar custodiada por una guardia griega. En ello no vé Quinto de Esmirna, y á ejemplo suyo otros poetas, mas que un testimonio de gratitud por parte de Ulises y Diomedes, amigos del favorecido, pero generalmente se mira como prueba de la traicion que se le imputa. Desde muy antiguo, embajador que fué para reclamar la entrega de Hesione, atribuyóse á Antenor, cuñado de Príamo, decidido afecto hacia el pueblo griego, sin que bastasen á alterarlo los graves sucesos que pusieron en guerra á Griegos y Troyanos. Cuando los enviados griegos, entre ellos Ulises y Diomedes, se presentaron en Troya reclamando á Helena y sus tesoros, hospedáronse en la morada de Antenor, y á él debian haberse salvado del enfurecido populacho. Desde aquel dia no cesaron las inteligencias entre el príncipe troyano y los caudillos de la hueste griega, y al tiempo que los hijos de aquél peleaban con denuedo por su patria, háse acusado al padre de haber proporcionado al enemigo cuantas noticias podian favorecerle, de haberle entregado el Paladion, de haber contribuido con sus consejos á la construccion del funesto caballo y con sus excitaciones á que fuese introducido en la ciudad; hasta se decía de él que encendió en la muralla, durante aquella terrible noche, el fuego que dió la señal á las naves de Ténedos. No conoció Homero estos relatos, los que, sin embargo, son de fecha muy antigua, siendo por lo general atribuidos á Lisímaco. En alguno de ellos llega á suponerse á Eneas cómplice de la traicion.

No están contestes tampoco las autores en los viajes que, acaecida la toma de Troya, emprendió Antenor, tratado por los Griegos como amigo y aliado. Quieren unos que quedara en la Troada y que reuniendo á su alrededor al escaso número de Troyanos que se conservaron libres y con vida, fundara en aquella comarca un nuevo imperio. Dicen otros que siguió á Menelao y Helena y que al naufragar con ellos en las costas de Egipto formó un establecimiento junto á los estados de Amnacio, rey de Líbia. Allí murió, y en los siglos inmediatos á la era cristiana existía aún el sepulcro de Antenor, ó por mejor decir, la colina de las Antenórides.

Segun otro sistema que tuvo en la antigüedad numerosos partidarios, Antenor, por la Tracia y la Iliria, llegó á las márgenes del Po acaudillando á los Henetos de la Paflagonia, y fundó á Pádua, dando al país inmediato el nombre de Henecia, del que provino Venecia.

Fig. 673. — Prisionero. (Estatua antigua).

Tomada Troya, repartiéronse los vencedores el botin y se llevaron cautivos, para venderlos en tierra extranjera, á los Troyanos que quedaron con vida. La memoria de aquellos desgraciados que despues de haber defendido con tanto esfuerzo la patria, gimieron hasta la muerte en duro cautiverio, hubo de causar viva impresion en los artistas de la antigüedad, ya que las hermosas estatuas que abundan en los museos de Europa con el nombre de *prisioneros* llevan todas el traje troyano y descubren en sus afligidos semblantes el sentimiento de los perdidos hogares.

Las mujeres fueron aún más infortunadas, y la triste

Hécuba, que había tocado en suerte á Ulises, se lamentaba así en medio de las otras cautivas:

«—Fuí reina, tuve por esposo á un rey, y dí la existencia á nobles hijos que eran, no de un mérito comun, sino los primeros entre el pueblo frigio, tales como no hay mujer troyana, griega ni bárbara que pueda envanecerse de tenerlos ni siquiera parecidos. Á todos les he visto morir á los golpes de las lanzas griegas; en su sepulcro he cortado mi cabellera, y á su padre Príamo, no creais que le haya llorado por relato ajeno, no; yo misma, con mis propios ojos le ví caer muerto de espada al pié del altar de Zeus Herceo, y con él ví derrumbarse su gran imperio. Mis hijas, á las que educaba para ilustres himeneos, han sido arrancadas de mis brazos; toda esperanza de volverlas á ver ha muerto para mí. Y para colmo de desgracia véome en mi ancianidad reducida á ser esclava de los Griegos, quienes me sujetarán á los servicios más humillantes para mis canas. ¡Á mí, á la madre de Héctor, me destinarán para cuidar de las puertas, guardar las llaves ó amasar el pan; veréme obligada á tender en el suelo mi fatigado cuerpo, acostumbrado al regio tálamo, y habré de cubrir mis miembros con los grasientos harapos de la miseria! ¡Ay de mí infeliz! ¡Cuántos infortunios ha atraido sobre mi frente el amor de una mujer y cuántos me guarda todavía! ¡Oh hija mia Casandra, que participas de la inspiracion divina! ¿qué ha sido de tu cándida inocencia?

Fig. 674.—Hécuba. (Estatua antigua).

Y tú, Polixenes infeliz, ¿dónde estás? De mi numerosa posteridad ni un hijo solo puede consolar mi acerbo dolor. ¿Por qué me sosteneis, amigas? ¿Qué podeis esperar para así confortarme? Dejadme, ó más bien guiad mis piés, tan delicados ántes y encadenados hoy, á la tierra que ha de servirme de tumba para que allí, junto á una peña, me deje caer y muera ahogada por mi llanto. Aprended de mí á no llamar dichosa ni á la más afortunada ántes del dia de su muerte.» (Eurípides).

Embarcada Hécuba en las naves de Ulises, llegó á Tracia adonde reinaba Polimestor, su yerno y antiguo aliado de los Troyanos. Á este rey había confiado Príamo, segun unos, el cariño maternal de Hécuba, dicen otros, su tierno hijo Polidoro, á fin de librarle de los peligros de la guerra; pero, desleal, al ver perdida la causa de Troya, le asesinó para apoderarse de los tesoros que, junto con el mancebo, habían sido á su custodia confiados. Al saberlo, atrájole Hécuba entre las cautivas troyanas, y dominadas todas de vengativo furor, cayeron sobre él, sacáronle los ojos con sus ruecas y dieron muerte á sus dos hijos. Luego, arrastrada por frenético delirio que no puede dominar, la triste esposa de Príamo recorre las comarcas de Tracia, asustando á los pacíficos moradores con sus alaridos desesperados. Compadecidos los dioses de su pena, la transformaron en perra, dice una tradicion; otra, de la que se hizo intérprete Dictys de Creta, suponía que los Tracios la dieron muerte á pedradas. Higinio sostiene que la triste demente se arrojó al mar. Supónese que Ulises, viendo en su cautiva una carga más que un beneficio, la abandonó en aquellas regiones; leyendas posteriores contaban que en Sicilia atormentaron al rey de Itaca funestas pesadillas, contra las que no halló más remedio que fundar un santuario á Hécuba. En las cercanías de Abidos, en Tracia, mostrábase un monumento al que se daba el nombre de Cynossema (sepulcro de la perra), y creíase por tradicion que en aquellos sitios ocurrieron las deplorables aventuras que colmaron los infortunios de la infeliz viuda de Príamo.

La de Héctor fué llevada cautiva por el matador de Astianax, por el hijo del que la dejó sin esposo, por el mozo Pirro ó Neoptolemo, y le siguió, segun unos autores, á Tracia y á Tessalia, y segun otros, á Epiro, teniendo de él tres hijos, llamados Moloso, Neleo y Pérgamo, pues llegó á ser su concubina predilecta. Poseía ademas el hijo de Aquiles por esclavo confidente al hermano de Héctor, Heleno, y por haber éste, en su calidad de adivino, disuadido á su dueño de un viaje por mar que fué funesto para todos los pasajeros, adquirió grandes títulos á su afecto, tanto, que le cedió á Andrómaca, acompañando el presente con ricos regalos en tierras y tesoros. La princesa Hermione, esposa de Pirro, había sentido celos de la hermosa cautiva, y no por verla en poder de otro se desvaneció el odio que le profesaba: en auxilio de su furor llamó á su primo Orestes, que había sido su prometido esposo, y miéntras ella hacia blanco de su ira á la aborrecida rival, Orestes procuraba la muerte del que lo era suyo. Ausente Pirro,



el anciano Peleo salvó á Andrómaca, cuando ya cargada de cadenas iba á ser llevada al suplicio; la conjura de Orestes contra Neoptolemo produjo más sangriento resultado.

Habíase dirigido el hijo de Aquiles á Delfos para ofrecer el diezmo del botin de Troya, ó bien para consultar al oráculo acerca de la esterilidad de Hermione; pero Orestes siembra entre el pueblo la voz de que era su objeto saquear y devastar el templo, y Pirro muere asesinado por un sacerdote de Apolo. Algunos poetas hacen que el mismo Orestes le descargue el golpe fatal, lo que no le impidió tomar por esposa á Hermione.

Heleno y Andrómaca, con la dote de Pirro, establecieron un reino en Chaonia y fundaron la ciudad de Buthrotia segun el modelo de la arruinada Troya. A favor de las turbulencias á que dió lugar la muerte del rey de Epiro, apoderóse Heleno de parte del país, y erigido en protector de Moloso, hijo de Neoptolemo y Andrómaca, gobernó en su nombre hasta que, llegado que hubo á la edad conveniente, le entregó el mando, volviendo él á su nueva ciudad, en cuyo gobierno le sucedió el hijo que con Andrómaca tuviera, por nombre Cestrino. De la viuda de Héctor se decia que con su hijo Pérgamo volvió á Ásia donde murió, despues de haber visto echar los cimientos de la ciudad y reino de aquel nombre.

La ciudad de Delfos tributó grandes honras al monarca asesinado en su recinto: su cuerpo fué sepultado en el vestíbulo del templo, y se le dedicaban sacrificios. Á los extranjeros enseñábanles el monumento allí erigido, y referíase que cuando los Galos, acaudillados por Breno, penetraron en Grecia con propósito de saquear el tesoro délfico, Pirro se les apareció, y á su vista huyeron aterrados.

¿Quién podrá describir las angustias de los Troyanos, los delitos de los vencedores en la horrorosa noche que vió á Ilion en poder de la gente griega? Casandra, la más hermosa entre las hijas de Príamo, al mirar muerto á Corebo, su prometido esposo, y dispersados sus escasos defensores, corrió á refugiarse al templo de la Palas troyana y se abrazó al ídolo implorando su amparo. Hasta allí la persigue Ayax, hijo de Oileo, tan impío como el hijo de Telamon, y sin atender á sus lágrimas, sin respetar lo sagrado del lugar, allí mismo la maltrató y ultrajó, huyendo asustadas las sacerdotisas que la rodeaban. En el reparto del botin tocó la infeliz en suerte al poderoso Agamenon, quien, despues de hacerla su concubina, la llevó consigo á Argos. Rodéanla al partir varias mujeres llorando y mesándose los cabellos; la adivina, dominada por profético delirio, entona un cántico nupcial:

«—¡Feliz es el esposo y feliz tambien la esposa! ¡Gloria á tí, oh rey Himeneo! A tí ¡oh madre! que, sumida en amargura y luto, lloras la muerte de mi padre y la ruina de la patria, á tí te toca encender para mis bodas la sagrada antorcha. Venid ¡oh doncellas de Frigia! ataviadas con vuestros preciosos velos, venid á celebrar mi afortunado himeneo y á festejar al esposo que los Hados me señalan... Adorna ¡oh madre! mi frente victoriosa, y alégrate de mi real enlace; llévame tú misma al esposo, y de no obedecer yo con bastante diligencia, emplea, á ser preciso, la fuerza; pues si Apolo no me engaña, más funesto todavía de lo que ha sido para nosotros el himeneo de Helena, lo será el mio para Agamenon, el ilustre monarca de los Griegos... Casandra entrará victoriosa en la region de los muertos despues de mirar destruida la familia de los Atrides, causadores de nuestra ruina.» (Eurípides).

Referida queda la horrible tragedia sucedida en Argos á la llegada del victorioso Agamenon [1]. Clitemnestra y Egisto le dieron alevosa muerte, é igual suerte cupo á la desdichada Casandra, cuya tumba se veía en el camino de Amicles á Micenas.

La ciudad de Leuctria tributaba culto á la profetisa troyana con el nombre de Alejandra. El templo á ella erigido y el ídolo que allí se veneraba eran famosos por proporcionar asilo á las doncellas que se negaban á contraer matrimonio. Suelta la cabellera, teñidas las mejillas con jugos vegetales se precipitaban á los piés de la casta amante de Apolo, y quedaban así consagradas por cierto tiempo á su culto.

Tambien la ciudad de Talames, en Laconia, tenía un templo y un oráculo bajo la invocacion de Alejandra. Otros dos santuarios de Casandra se mencionan por autores de la antigüedad: uno en Italia, en el país de los Daunios, y otro entre los Dárdanos de la Troada.

Si impune quedó por parte de los hombres el horrible atentado de que fué víctima la inocente vírgen al pié del sagrado altar, impusiéronle los dioses ejemplar castigo. En vano Ulises denunció á los caudillos la infamia por Ayax Oileo cometida, y quiso que fuese condenado á morir apedreado; el guerrero evitó la muerte que le esperaba jurando solemne y falsamente no ser culpado del crímen que se le imputaba; pero cuando á poco se embarcó con los suyos para regresar á Lócrides, su patria, la ofendida Palas incendió su armada, «y por sólo la culpa y los furores de Ayax, hijo de Oileo, anegó á todos sus compañeros en el Ponto. Ella misma, arrojando desde las nubes el rápido fuego de Júpiter, desbarató las naves y revolvió los mares con los vientos, y arrebatándole espirante en un torbellino, traspasado el pecho y arrojando llamas, le estrelló en agudo peñasco.» (Virgilio).

Homero da al impío algunos instantes más de vida. «Salvado de la tempestad, dice, guíale Poseidon, deseoso de protegerle, á la alta peña de Gyra, en la isla de Eubea, que dominaba el mar embravecido. Allí, aunque perseguido por la cólera de Palas, habríase el héroe librado de la muerte, á no haber proferido en su insensata soberbia estas impías palabras:

[1] Véase tomo I, pág. 637.